

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE NAVIDAD

LECTURAS:

PRIMERA

Sirah 24,1-2.8-12

La sabiduría hace su propio elogio, en medio de su pueblo, se gloria. En la asamblea del Altísimo abre su boca, delante de su poder se gloria. Entonces me dio orden el creador del universo, el que me creó dio reposo a mi tienda, y me dijo: "Pon tu tienda en Jacob, entra en la heredad de Israel". Antes de los siglos, desde el principio, me creó, y por los siglos subsistiré. En la Tienda Santa, en su presencia, he ejercido el ministerio, así en Sión me he afirmado, en la ciudad amada me ha hecho él reposar, y en Jerusalén se halla mi poder. He arraigado en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad.

SEGUNDA

Efesios 1,3-6.15-18

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado. Por eso, también yo, al tener noticia de la fe de ustedes en el Señor Jesús y de su caridad para con todos los santos, no ceso de dar gracias por ustedes recordándoles en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, les conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente; iluminando los ojos de su corazón para que conozcan cuál es la esperanza a que han sido llamados por él; cuál la riqueza de la gloria otorgada por él en herencia a los santos.

EVANGELIO

Juan 1,1-18

En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la

vencieron. Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz. La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y clama: «Este era del que yo dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia. Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado.

HOMILÍA:

Lo que hemos estado viviendo en estos días, en los que hemos celebrado el Nacimiento de Jesús, nuestro Salvador, está resumido en las palabras que acabamos de leer en el Evangelio.

Juan nos hace ver que aquel que nació de la Virgen María no era un simple hombre. Por eso su nacimiento tampoco podía ser como el de cualquier hombre.

Y es que Jesús, que se presenta como un hombre, existía desde toda la eternidad, pues era nada menos que el Hijo de Dios.

Esto fue una sorpresa incluso para los judíos, que era el único pueblo que había recibido la promesa de que le sería enviado un Mesías, palabra que significa el "Ungido de Dios". En nuestra lengua lo traducimos por Cristo.

Este sería el que haría posible la salvación, no solo para los judíos, sino para toda la humanidad.

Pero era tan grande esta promesa que los judíos no pudieron entenderla completamente, llegando a pensar que se trataría de un rey que les daría una libertad y grandeza que los pondría por encima de todos los pueblos.

La revelación de Dios fue dada al pueblo de Israel, ya que el Señor le había escogido para ser el que preparara la venida del Mesías. De ahí que comenzara a recibir la enseñanza, pero en una forma lenta, para que pudiera ser asimilada.

El primero en recibir el mensaje fue Abrahán, a quien Dios había elegido para ser la cabeza del nuevo pueblo que sería el portavoz de la promesa divina. Y Abrahán obedeció a Dios, creyendo en su Palabra.

Fue realmente el primer creyente, pues hasta entonces ningún ser humano había conocido a su Creador, como no fuesen Adán y Eva, a quienes la Biblia presenta como los primeros, hombre y mujer, creados por Dios.

Los descendientes de Abrahán tendrían que esperar mucho tiempo, superando dificultades y situaciones difíciles, para llegar a ver al Ungido de Dios.

El Creador no tiene apuros. El es eterno, por lo que actúa sin apresuramiento. Como diría san Pedro, ante el Señor "un día es como mil años y, mil años, como un día" (2 Pedro 3,8).

Pese a los cientos de años en que los judíos tuvieron contacto con la Palabra de Dios, recibiendo las enseñanzas divina de los Patriarcas y los Profetas, que era comentada cada sábado en las sinagogas por los doctores de la Ley, elegidos expresamente para esa tarea, cuando llegó la venida del Mesías, su presencia no fue percibida por la mayoría del pueblo.

Este se encontró, sobre todo, con un rechazo manifiesto de las autoridades de Israel, que llevados de su soberbia, no solo se negaron a aceptar a Jesús como el verdadero Mesías, sino que hicieron todo lo posible por hacer fracasar su misión.

Pero fue precisamente en el aparente fracaso al que llegó el Divino Maestro, que humillado y despreciado fue llevado a una muerte ignominiosa, que Dios realizó la obra de redención de la humanidad, dando a todos la oportunidad de ser no solo sus adoradores, sino sobre todo sus hijos adoptivos, como nos dice san Pablo en la segunda Lectura.

Así fue como Dios demostró su amor por los seres humanos. Estos eran el fruto de su creación, pero desde el principio demostraron preferir hacer su propia voluntad que obedecer al Creador. De ahí que Dios les dejase vivir siguiendo sus caprichos, esperando la oportunidad de transformarlos por el amor.

Dios planea desde toda la eternidad, por lo que decidió que Aquel que fuera engendrado como su Hijo Amado, fuese enviado a la tierra con el fin de rescatar a los que estaban perdidos.

¿Es que no sabía que sería mal recibido, maltratado y vilipendiado, por los mismos a los que intentaba salvar?

Claro que lo sabía, y lo envió conociendo de antemano lo que iba a ocurrir, haciendo que el sacrificio al que le enviaba, fuera la real medicina que necesitaba una humanidad que había perdido su razón de existir.

Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. (Juan 3,16-17).

Esto es lo grande del amor de Dios, que no busca castigarnos, como realmente mereceríamos, sino salvarnos.

Es inaudito, inexplicable, que el Ser más poderoso, el que todo lo puede, realice ese gesto totalmente inmerecido, para el bien de los que han demostrado tan poco interés en su regalo.

Pero la celebración del nacimiento de Jesús tiene que ser una oportunidad para que, al menos nosotros, los que hemos creído en el amor de Dios, hagamos un verdadero esfuerzo en demostrar que lo apreciamos de veras.

Para muchos la celebración de Navidad puede haberse reducido a un bullicio momentáneo, en el que los regalos, las comidas y bebidas que son tradicionales en estos festejos, han ocupado todo el lugar.

Pero quienes estamos convencidos de que nada en esta vida puede llenar de felicidad el corazón, ya que no hemos sido creados para pasar un tiempo en la tierra y luego desaparecer, hemos querido recibir a Jesús, el Salvador que nuestro Padre nos envió.

Que nuestra verdadera conversión sea la respuesta al regalo de Dios. El no espera nada de nosotros, pues nada podemos darle. Pero El nos ha demostrado que no nos creó para la muerte sino para la vida, la eterna que El nos promete como fruto a nuestra fe y, por encima de todo, al sacrificio de Aquel que murió por nosotros.

Arnaldo Bazán